

EL DOCTOR DESIDERIO PAPP (1895-1993)¹

por HÉCTOR CROXATTO REZZIO

Hoy nos hemos convocado para recordar y rendir un homenaje al más insigne historiador de las Ciencias que llegara a nuestras tierras, y que de Chile hiciera su patria de adopción: al Doctor en Filosofía Desiderio Papp. Veneramos su memoria por la herencia imperecedera de su legado intelectual, y su admirable visión del desarrollo de las Ciencias Naturales y de los hombres que en todos los tiempos, a lo largo de siglos, han sentido la fascinación de hurgar en lo desconocido. Son los que responden al ansia irrefrenable para intentar explicar, con los poderes de la razón, la curiosidad, la imaginación y el asombro de cómo ocurren las cosas del mundo y así gratificar al espíritu con un nuevo saber.

Pero estamos también aquí para disfrutar de una justa alegría, la de ver recompensados los afanes dignos de todo elogio de una joven estudiante, la Srta. Pamela Lezaeta, que como culminación de una etapa de su brillante carrera, con notable éxito logró regalar al bien común, al patrimonio de la humanidad, los resultados de sus propios y originales hallazgos.

En este marco de gran significación y prestancia con que la Universidad ennoblece sus seculares atributos y compromisos de promover y ennoblecer las conquistas de la Ciencia de sus maestros y alumnos, es justo que una vez más expresemos gratitud y admiración por la inmensa e imperecedera obra y generosa entrega del excepcional talento de Desiderio Papp, cristalizado en los numerosos libros que incansablemente publicara.

Para aquellas personas más jóvenes que no tuvieron posibilidad de un contacto personal, deseo recordar sucintamente algunos rasgos de

¹ Conferencia del doctor Héctor Croxatto Rezzio dictada en la Universidad de Chile, 27 de junio de 1996, en la entrega del Premio "Desiderio Papp" 1995.

su prolífera existencia. Nació en 1895, en la ciudad de Obron, hoy Odensburg, fronteriza localidad entre Austria y Hungría. Becado por el gobierno de este último país, se tituló de Doctor en Filosofía, con la máxima distinción, en la Universidad de Budapest en 1917. Hacia fines de la Primera Guerra Mundial, se enroló como conscripto en el Ejército, pero no abandonó sus estudios en asignaturas científicas como Astronomía, Fisiología y Física. Fue principalmente la lectura de las publicaciones de Friederich Hanneman, autor de la primera Historia General moderna, la que despertó su vocación de entregarse a la Historia de las Ciencias que estaba en la veta áurea de sus aficiones intelectuales. Los acontecimientos posteriores y la intranquilidad política lo obligaron a trasladarse a Viena, abandonando sus compromisos docentes en Budapest.

En su nueva residencia, sintió muy fuertemente las irradiaciones intelectuales del afamado grupo del Círculo de Viena y muy especialmente de uno de sus connotados miembros, Emile Meyerson, por su lúcida visión de la estructura del conocimiento científico reseñada en sus obras *Identité en Réalité* y *L'Explication dans les Sciences*, que Papp consideró como el más influyente inspirador de su apasionado afán por la investigación histórica del pensamiento científico.

Entre tanto, y como periodista, Papp escribió artículos relacionados con problemas científicos que tuvieron gran resonancia en ese período, particularmente "La Filosofía de las leyes Naturales".

En 1925, aparecen en alemán sus primeras obras, tituladas *El hombre mecánico y los mundos habitados*, traducido al francés e italiano, en las que expuso las ideas desde Paracelso hasta la construcción de los robots. Otros libros, como *Zukunft und Ende der Welt (Comienzo del fin del mundo)* alcanzaron gran popularidad y dieron lugar a muchas ediciones en varias lenguas.

Desafortunadamente, cuando las tropas de Hitler invaden Austria, se vio en la extrema desventura de huir; así, y solo gracias a la complicidad de un amigo, pudo escapar en una avioneta a Suiza, y luego a París, desde donde habría de iniciar una de las más riesgosas y tormentosas odiseas que puede deparar la vida a un intelectual que busca la libre expresión de las ideas.

En París logró ocupar un modesto cargo de periodista científico en el diario *Paris-Midi* y sirvió como prestatario extranjero en el Ejército francés. Sin embargo, tiempo después es recluido en un campo de concentración. En el episodio tal vez más dramático de su existencia logra huir a pie, y agotando al extremo sus fuerzas atraviesa los Pirineos, para llegar a la frontera de España y recibir auxilio.

Después de un sinnúmero de dificultades, logró embarcarse y llegar a salvo a Argentina. Toda la fortaleza que exigió a su cuerpo durante las duras jornadas de su vida, la conservó para desplegarla en el tesonero afán de escudriñar en el pasado histórico de las Ciencias, en el trabajo anecdótico que impulsaron el conocimiento científico, en sacar a la luz lo que el tiempo ha sepultado. En Buenos Aires fue acogido fraternalmente e inició una tarea docente en el Instituto Francés de Estudios Superiores, desde donde mantuvo una prolífica producción de libros sobre Historia de las Ciencias, que no interrumpiría hasta el fin de sus días. Fue invitado por la Universidad de Caracas y la Universidad Autónoma de México para dar conferencias sobre tópicos históricos y, en 1958 fue contratado —para nuestra felicidad— por la Universidad de Concepción, para dictar un curso de Filosofía de las Ciencias, en la Escuela de Verano que esa Universidad organizaba periódicamente.

Más tarde fue invitado por la Universidad de Chile, para impartir lecciones en las Facultades de Ingeniería, Medicina y Medicina Veterinaria. Desde 1961, estableció su residencia en Santiago y hasta pocas semanas antes de su muerte, continuó con sus actividades docentes en las Universidades que lo acogieron. Por cierto, sin dejar de participar periódicamente en los más importantes Congresos Internacionales sobre Historia de las Ciencias, donde por sus incansables y valiosos aportes a su disciplina recibió los honores de ser designado Presidente honorario de los Congresos realizados en Buenos Aires y en Berkeley (California).

Sus numerosos artículos en diarios europeos, y un buen número de sus libros, tuvieron un carácter de divulgación que por su diáfana y amena descripción de los avances científicos y crónicas sobre figuras estelares de la Ciencia universal alcanzaron inmensa acogida. Tuvo el talento de abordar, en enjundiosos libros, el complejo panorama de la actividad científica en sus distintas épocas, con los ojos de un filósofo, para profundizar aspectos epistemológicos y revelar interrogantes que plantean la búsqueda de las verdades científicas que suelen tener una connotación de inmutabilidad que no les pertenece.

En 1958 le fue concedido el nombramiento de Miembro Honorario de la Académie Internationale d'Histoire des Sciences (de París). Tanto en Chile como en Argentina fue un activo promotor de los estudios históricos de hallazgos científicos y de sus implicaciones en la cultura, y fundador entusiasta y muy dedicado del grupo chileno de Historia y Filosofía de las Ciencias, que quedó vinculado a la Unesco.

La Universidad de Chile le concedió en 1984 la medalla "Andrés Bello", por sus incansables iniciativas para difundir el conocimiento

sobre el despliegue y progresos de la Ciencia en todo el mundo, y por su poderoso influjo en el desarrollo y la cultura. El gobierno de Chile, que le había galardonado con la condecoración "Comendador del Libertador Bernardo O'Higgins", le concedió por gracia la ciudadanía chilena, hecho muy excepcional que dimensiona la dedicación de Papp a nuestro desenvolvimiento cultural y de nuestras instituciones.

Sería muy largo continuar enumerando las muchas organizaciones internacionales que lo distinguieron por sus dotes intelectuales y relevantes méritos, como también hacer un inventario de la larguísima lista de obras que publicó, que ustedes pueden encontrar en la biblioteca que él donó a la Universidad; valiosísima colección en la que, fuera de sus propias creaciones, están los impagables documentos y tesoros bibliográficos que poseía, muchos de los cuales son únicos en Chile.

Quisiera destacar algunas de sus reflexiones y pensamientos compartidos en el ambiente de paz y amistad en su hogar en compañía de su adorable esposa, Mona, que corresponden a sus ideas e inquietudes, aprehensiones que pueden estar desperdigadas en muchas de sus publicaciones, pero que se hicieron candentes en los últimos años, y que resultaban muy pertinentes para nosotros, las que guardo como valiosos recuerdos.

El profesor Papp se refería con frecuencia a los sentimientos anticientíficos que brotaban en distintas épocas y recordaba que la Ciencia, en todos los tiempos, había sido acusada de deshumanizada y materialista, desde que nació con Galileo. En los tiempos modernos, opinaba que se encontraba asediada por una sociedad que había hecho recaer sobre ella la tecnología, haciéndola en gran parte responsable de los llamados males del modernismo —en particular la desacralización de valores por el arraigo de nuevos hábitos—, originados precisamente por las creaciones de esa misma Ciencia y de su derivada, la técnica; con sus productos únicos, artefactos que sólo el sorprendente progreso tecnológico había podido elaborar, y que si bien aportaron placer material —sin duda confort y agrado—, contribuyeron a cambiar costumbres austeras reduciendo el tiempo disponible y postergando la realización de nobles aspiraciones del espíritu.

Ahora bien, no sólo modificaron formas tradicionales de vivir, favoreciendo la expresión de intereses lúdicos y de hábitos viciosos —consumismo, hedonismo, materialismo, etc.—. A esto hay que sumar las devastaciones del ambiente natural favorecidas por el mayor poder tecnológico.

En esta imagen recelosa de la Ciencia hay muchas pinceladas de

verdad, pero también mucho en que discrepar. Vivimos un mundo marcado por la Ciencia y tenemos que admitir que nunca saber menos será mejor que saber más; pero que los beneficios y riesgos son complementarios a cada avance científico, y que el hecho de conocer implica una responsabilidad moral que no sólo el científico debe aceptar, sino muy particularmente el que hace aplicación de un nuevo hallazgo o uso de un producto, sin tomar en cuenta el bien común o sus posibles consecuencias perniciosas.

Un nuevo conocimiento, como otras creaciones de la mente, puede ser usado y puede servir al bien, pero está expuesto a servir al mal. Lo que está en juego permanentemente es la conducta humana. Viene a mi mente el caso del televisor, un instrumento cuya invención preparó la acumulación de conocimientos a lo largo de centurias, y que nunca habría imaginado un genio tan excepcional como Leonardo da Vinci y aun los físicos del siglo pasado. Sin embargo, esta maravilla de la creatividad humana puede ser un instrumento para el mal. Las críticas y la animadversión, manifestadas como una preocupación mundial, tienen en nuestros países latinoamericanos una consecuencia peyorativa por la muy escasa tradición científica que poseen y por el atávico desapego e ignorancia acerca de la trascendencia de la ciencia en la cultura, característica que ha sido muy decisiva para el despliegue económico-social de los países del mundo desarrollado.

La escasa representatividad que en el pasado ha tenido la preocupación por la actividad científica en el alma nacional, ha determinado que en el curso de la historia muchos conductores de nuestra nación, hasta hace pocos años atrás, no hayan prestado mayor impulso al desarrollo científico-tecnológico. No obstante, el alarde que internacionalmente se ha hecho de la muy repetida consigna que la Ciencia y la tecnología son insoslayables para el desarrollo económico-social y mejoramiento de la calidad de vida en los países, no se ven esfuerzos suficientes para atender a los requerimientos dirigidos a producir un incremento de los recursos humanos capacitados en Ciencia. Es un hecho que existe una relación estrecha entre el grado de industrialización y desarrollo de los países con el número de investigadores científicos que están incorporados a Universidades o bien a empresas productivas, dedicados a las actividades científico-tecnológicas.

Es también verdad que vivimos rodeados de instrumentos, de artilugios cada vez más atrayentes, perfectos y hermosos, y que parecen ajenos a la corriente científica universal del ideal de la Ciencia. Para la gran mayoría de los científicos con gran amor al oficio, ella presupone

una búsqueda desinteresada de nuevos saberes sin ulterior motivo que no sea un nuevo saber por el saber mismo. Pero en la técnica, con su inevitable base científica, se manifiesta una ansia —algo similar ocurre en el arte— que es irrefrenable; y que cuando es exitosa, la actividad está iluminada por una creatividad cada vez más prolífica, audaz y deslumbrante para servir al hombre.

Papp opinaba que la búsqueda de la inteligibilidad del mundo no ha de separarse de la actividad moral, y que el componente más importante que intenta el desarrollo social e individual es el ético. Pero la Ciencia no produce juicios de valor como tal. La Ciencia no le habla al hombre de valores: sólo expresa que las cosas son inteligibles y que ocurren fenómenos en las cosas que se estudian, y que carecen de connotación ética. Sin embargo, si bien la conducta del hombre no ha necesariamente mejorado con la Ciencia-tecnología, ella ha hecho más efectiva la misión del hombre para ayudar al prójimo. La Ciencia en un país podrá ser floreciente y alcanzar un grado apropiado como instrumento de progreso, si sus ideas, propósitos e implicaciones se integran en la corriente general del debate público. Esta idea la ha expresado el Dr. Lolas Stepke, aquí presente.

Estaba Papp, en el último tiempo, muy consciente de los profundos cambios que en el ámbito de la vida cotidiana ejercería la revolución de la informática y las telecomunicaciones, convertidas hoy en el medio más eficaz y rápido de propagación del conocimiento, y del problema en relación al modo en que podrían abordarla los países en vías de desarrollo. Como yo, él tenía una impresión pesimista acerca de la importancia que en los países en desarrollo asignaban a esta revolución. La barrera que ha estado separando a los países del tercer mundo de los países del hemisferio norte, lejos de disminuir, se ha estado ensanchando, en la medida en que estos últimos han seguido aumentando sus inversiones en educación en todos los niveles e incrementando su potencial científico. El dinamismo del cambio científico-tecnológico, en esos países, no se ha detenido.

Efectivamente, tal como recientemente ha expresado públicamente el secretario general de la Presidencia, Dr. J.J. Brunner, estamos amarrados a un pasado sin innovarnos. Enfrentamos el cambio, al que aspiramos llegar con los medios insuficientes de un pasado caduco.

El profesional de hoy, formado en nuestros establecimientos, está todavía a la espera de la reforma educacional anunciada, que está en el umbral para ponerse en marcha, de la que se aspira abandone las anteojeras que han oscurecido nuestra visión del futuro. Están pendien-

tes grandes interrogantes que debemos resolver en las distintas etapas de la educación de nuestra juventud, en la que aparece como ineludible desarrollar la creatividad, la capacidad de cómo aprender, buscar y encontrar un conocimiento que permita al educando asirse a los sistemas de información más modernos, más directos, más al instante; como podemos apreciar por ejemplo con la utilización del Internet. En muchos de los países desarrollados los estudiantes de la educación superior —que constituyen en general el 50% del total—, están potencialmente en contacto con el sistema de computadores conectados a redes de información. El progreso aparece cada vez más atado a involucrarse profundamente en ganar conocimientos en los medios más fluidos y rápidos de transmisión de información, agentes de globalización de datos que serán cada vez de efectos más universales y más eficientes.

Se necesitarán grandes cambios de enfoque y de proyección en un futuro inmediato en la cúspide de la sociedad, las Universidades y cargos ejecutivos, para que se inicie una renovación que favorezca la formación de mentalidades más creativas, de interlocutores válidos que puedan interpretar los signos de la hora presente, entre los cuales figurarán los descubrimientos que en las distintas áreas del saber se están elaborando en la línea de mayor avanzada, y que pueden ser cruciales para el desarrollo futuro.

En los últimos años, Papp estuvo profundamente interesado en involucrarse en una actividad universitaria en la cual pudieran destacarse a través del curriculum de estudio los valores formativos de la ciencia, que apuntan a estimular la curiosidad, la creatividad y el asombro, y a disfrutar de la ignota belleza que surge ante el investigador, inmerso en el misterio del cual logra hacer brillar alguna luz.

Para finalizar, deseo agregar que Papp nos dejó un invaluable legado. Fue un hombre ejemplar, que irradiaba afecto, amor en su tarea y una gran afabilidad unida a un don profético. Encantaba escucharlo, sobre todo porque poseía el señorío del saber y el arte de transmitir las luces que irradia la epopeya de la inteligencia humana en busca del conocer.